

## Domingo, 7 de noviembre, 2021: Domingo XXXII del Tiempo Ordinario

*“Yo les aseguro que esa pobre viuda ha echado en la alcancía más que todos. Porque los demás han echado de lo que les sobraba; pero ésta, en su pobreza ha echado todo lo que tenía para vivir”.*

Durante las últimas semanas hemos estado caminando con Jesús y sus discípulos, cada semana un poco más cerca de Jerusalén, según iba avanzando desde Judea a través de Judea, por Jericó y hasta la ciudad santa. Ahora nos sentamos con él en el Tesoro del templo, mientras contempla a los fieles adelantarse a traer sus ofrendas. Se nos dice que había muchas ofrendas muy generosas “Muchos ricos ponían grandes sumas” – pero no es hasta que una pobre viuda hace su escaso don de unos cuantos céntimos que Jesús nos llama, junto a sus discípulos para enseñarnos cómo mira Dios estas cosas. Es la cualidad subjetiva de la ofrenda, explica, y no la cantidad bruta o el brillo relativo lo que cuenta. Alguien puede tener una enorme cantidad de riquezas y ofrecer un don que haría sonrojar a un emperador, pero la monedita de la viuda tendría más valor que todo, porque no se reservó nada. Habría sido fácil y comprensible—e incluso prudente—guardarse una de esas moneditas. ¡Un diezmo de la mitad de los ahorros de toda una vida no es poca cosa! Pero al entregar todo lo que tenía-- “todo su sustento”-- hizo un acto de fe precioso y tremendo, abandonándose completamente al cuidado de Dios.

Aquí, en la sala del tesoro del templo, Jesús nos enseña una lección sobre el valor de la confianza, usando el dinero como ejemplo; pero es una lección que va mucho más allá que las “mejores prácticas” económicas del Reino de Dios. Esta lección toca el mismo núcleo de nuestra relación con Cristo y al centro de nuestra vocación de seguirle como discípulos. Cuando llamó a Simón y Andrés a la orilla del lago de Galilea, san Marcos nos dice que “abandonaron sus redes y le siguieron” (Mc 1:18). De la misma manera lo hicieron Santiago y su hermano Juan. Como respuesta a la invitación de Jesús, no se reservaron, sino que incluso “dejaron a su padre Zebedeo en la barca junto con sus trabajadores, y le siguieron” (Mc 1:20). Como la viuda de nuestro Evangelio, han entregado todo para seguir a Jesús. Al dejar sus redes, han hecho algo que requiere confianza, pero también suscita confianza. Como los apóstoles, como la viuda, crecemos en fe cuando hacemos actos de fe.

Esta dinámica de entrega y confianza es fundamental para la vida de cualquier discípulo de Cristo, pero también es el modo en el que alcanzamos una mayor claridad en nuestra vocación particular. Tanto si estamos llamados al matrimonio, al sacerdocio, o a la vida consagrada, no podemos comprenderlo de ningún modo más que viviendo nuestra vocación universal a la santidad, es decir, a crecer en intimidad con Jesús. Uno de los signos de un discernimiento bueno y auténtico es si podemos describir nuestra vocación en términos de un deseo de entrega en respuesta a un encuentro con el amor de Dios. ¿Parece que entrar en el seminario o el convento me lleva a una relación más profunda con Jesús? ¿Puedo ver mi preparación para el matrimonio con mi prometido a través del lente de prepararme para entregar mi vida como Cristo entregó su vida por mí? Tanto si estamos aún discerniendo nuestra propia vocación como si estamos acompañando a otro en su discernimiento, el paso primero y más recurrente en momentos de falta de claridad es buscar acercarse más a Cristo, pasar más tiempo con él, y examinar nuestros corazones para ver si hay algo ahí que estamos reservándonos, alguna monedita que aún no hemos puesto en la cesta de las ofrendas.

Un modo fácil, pero a menudo descuidado de acercarse a Cristo y aprender a escuchar su voz es desarrollar la costumbre de leer la Escritura diaria y orantemente, esperando que la Palabra inspirada cambie nuestros corazones cuando nos acercamos con fe. Se dice que lleva veintiún días de acción repetida y deliberada para crear un nuevo hábito. Si hacemos el propósito de leer la Escritura todos los días durante los próximos veintiún días, habremos permitido que este hábito se arraigue exactamente en el primer domingo de Adviento, el comienzo de un nuevo año litúrgico. Esta cercanía a Cristo a través de un contacto vivo con su Palabra ciertamente nos dará mayor claridad al entrar en el nuevo año, tanto en qué moneda del corazón todavía tenemos que ofrecerle, como en qué forma tomará su invitación específica a seguirle.

## Lunes, 8 de noviembre, 2021: Semana XXXII del Tiempo Ordinario

“¡Aumenta nuestra fe!” piden los apóstoles hoy. “Creo, pero aumenta mi fe”, ora el padre suplicando a Jesús que cure a su hijo. “¿Dónde está su fe?”, pregunta Cristo a sus apóstoles empañados y asustados por la tormenta. “He orado para que su fe no flaquee”, asegura Jesús a Pedro antes de su pasión. Y a Tomás, después de la resurrección, le dice: “no seas incrédulo, sino fiel”. Una y otra vez a lo largo de los evangelios encontramos al Señor que desea edificar la fe de sus discípulos y se goza cuando desean esa gracia para ellos mismos.

Junto a esta obra de su gracia, en los evangelios encontramos a Jesús igualmente constante en animar a sus discípulos: reconociendo la pequeñez de su fe, y luego recordándoles que incluso la más mínima fe—las más pequeñas semillas de su Palabra—es suficiente para hacer grandes cosas, y llevar abundante fruto. Jesús mira a sus discípulos en el evangelio de hoy, y a nosotros reunidos aquí e, igual que entonces, conoce los temores, las debilidades y las incertidumbres que asedian nuestros corazones; conoce los pecados y tentaciones y ataques a las que nos enfrentamos y nuestro Señor nos dice a nosotros: “Si tuvieran la fe de un grano de mostaza, dirían a este árbol ‘muévete y plántate en el mar’, y obedecería”. Dense cuenta de que precisamente en el momento en que los apóstoles sucumben ante el desaliento y se sienten indignos de la llamada que Cristo les lanza, Él interviene para asegurarles que basta su gracia.

“Oh Señor, ¡tú me sondeas y me conoces!” ¡Estas consoladoras palabras de nuestro salmo hoy son verdaderas! Cristo conoce nuestros corazones mejor que nosotros mismos y, en el momento en que nos miramos a nosotros mismos y empezamos a cuestionar si tenemos lo que se necesita para seguirle, Él *inmediatamente* nos ofrece la palabra consoladora de que, no importa lo pequeña que pensemos que es nuestra fe, es suficiente para que se realicen las obras más grandes en su nombre.

La imagen que nos ofrece Jesús es inolvidable; no solo el desarraigo de un árbol, sino su plantación en el océano. Quien haya tratado de arrancar incluso un pequeño arbusto con pocas raíces, sabe que la tarea es ardua. Para un árbol más grande, como eran los sicómoros a los que se refiere Jesús (un tipo de morera abundante en Jerusalén y famosa por sus fuertes raíces), este trasplante sería prácticamente imposible. Es más, la imposibilidad de la tarea se intensifica cuando recordamos que Jesús propone que este árbol *se plante en el mar*. No simplemente que se arroje al mar, no solo que se reubique en la costa, sino que *se plante* dentro del océano. ¡Ningún esfuerzo humano o creatividad ni en el tiempo de Jesús, ni en el nuestro, es capaz de esta tarea! *Pero* esto es porque la tarea que Jesús nos ofrece a todos y cada uno de nosotros, sus discípulos, *no* es humana, sino divina!

A lo largo del Antiguo Testamento a menudo se usa el plantar árboles para describir la obra de Dios que cultiva y restaura a su pueblo, Israel. Recuerden su promesa por medio de Isaías:

“Plantaré el cedro en el desierto” y Ezequiel, “Yo, el SEÑOR,... he hecho florecer al árbol seco”. Los profetas apuntan más lejos todavía, al principio, cuando Dios hace surgir de la tierra estéril “todo árbol agradable a la vista y bueno para comer”. Allí, cuando Dios creó los cielos y la tierra, pudo plantar árboles en lugares que el mar había cubierto previamente. Dios, y solo Dios, puede plantar árboles en los océanos, y dar fruto en los desiertos. Y Dios, y solo Dios, puede hacerlo en nuestros débiles corazones: sacar perfección de la debilidad, fruto de un *fiat* tímido, y fidelidad a pesar de nuestro sentimiento de insuficiencia.

Esta semana, los católicos de todo el mundo reflexionan sobre la llamada de Cristo a todos nosotros. la *vocación* que nos ha dado particularmente a ti y a mí – y hoy sus palabras son un suave recuerdo para cada uno de nosotros de que el temor o la timidez no tienen lugar en un corazón que se apoya en Él, y la tarea para la que nos ha creado, sin importar lo imposible que parezca si se basa en nuestras capacidades o disposición, es la que Él, el Creador de cielo y tierra, puede hacer posible en nosotros por su gracia.

Nuestra tarea es doble: poner nuestros corazones humildemente ante Él como somos... eligiendo “buscarle con sinceridad de corazón” como nos recuerda la lectura de Sabiduría, sin esconder nuestra debilidad ni cerrar nuestros temores a la gracia de Dios—pero también poniendo nuestros corazones, tan rotos como estén, en el asidero seguro de Cristo. Él nos abre su propio corazón a cada uno en esta Misa, entregándonos su Cuerpo y Sangre; no temamos abrir audazmente nuestros corazones a Él y a su amor siempre suficiente.

## Martes, 9 de noviembre, 2021: Fiesta de la Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán

Hoy celebramos la fiesta de la dedicación de la Basílica de san Juan de Letrán en Roma. El objetivo de esta fiesta no es solo recordar a una iglesia concreta—aunque esa iglesia es importante. De hecho, esta basílica es la catedral del Papa. En la fachada de esta iglesia hay una inscripción que afirma que esta iglesia es la madre y cabeza de todas las iglesias en la ciudad y en todo el mundo. Como sede del Vicario de Cristo, que es la cabeza terrena de la Iglesia universal, San Juan puede reclamar su puesto como el templo más importante de todo el mundo. Pero incluso así, el objetivo de esta fiesta no es recordar una sola iglesia. Esta fiesta recuerda el significado de la Iglesia.

En la primera lectura vemos la visión de Ezequiel del agua brotando del templo. Para los judíos el templo era el lugar en todo el mundo donde podían entrar en la presencia de Dios. Y eso es precisamente lo que quiere el Señor para la Iglesia hoy, un lugar donde nos podemos encontrar con Dios. Pero aquí es donde la visión sería llamativa para las personas que la escucharon por primera vez: Ezequiel ve el agua brotando del lado del templo. Y, si brota del templo, debe ser agua pura y sagrada. Esta agua da vida a todo el campo a su alrededor. En Dios hay vida y él quiere compartir esta vida con todos los de su alrededor, y no sólo con quienes tenían autorización para entrar en el templo. Esta agua fluye en las partes más áridas de Israel y las convierte en un jardín, un jardín como el del Edén, un jardín como lo que Dios había planeado que sería el mundo. ¡Incluso convierte las aguas del Mar Muerto en agua dulce! Ya desde esta profecía del Antiguo Testamento vemos el principio del plan de Dios para la Iglesia. Ya no serán unas cuantas personas selectas ritualmente puras las que entren en contacto con Dios. La presencia de Dios comienza a brotar desde el templo y da vida a todos los que entran en contacto con ella. Así pues, la Iglesia no debería ser un lugar solamente para las personas que llegan a ver a Dios, sino también una realidad dinámica que se expande y llega a encontrarse con todas las personas, dondequiera que estén.

La segunda lectura añade otra capa de sentido a lo que significa ser Iglesia. San Pablo dice: “¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?” Para san Pablo, la Iglesia no es simplemente un edificio. Por el contrario, la iglesia, que significa “asamblea” en griego, es todo el nuevo pueblo de Dios. Y es importante indicar que este templo—el pueblo de Dios—es un templo santo. Si la Iglesia es el templo de Dios y el templo es el lugar de la presencia de Dios, entonces todo miembro de la Iglesia está llamado a hacer a Dios presente en el mundo. Somos esa realidad dinámica en la que reflexionábamos antes; estamos hechos para ser ese lugar del que brota el agua de vida de Dios.

En el evangelio escuchamos cómo Cristo purifica el templo. Como nos recuerda, la casa de su Padre ha de ser una casa de oración. Y, por tanto, tiene que entrar y arrojar afuera todo aquello que se interponga en el camino de nuestra relación con su Padre. Nosotros, la Iglesia, tenemos una necesidad constante de purificación. Pero Cristo añade algo incluso más interesante cuando habla a los fariseos sobre sus acciones; habla de destruir el templo y reconstruirlo en tres

días. Fue el apóstol Juan quien entendió más tarde que estaba hablando del templo de su cuerpo. El templo de Dios es el cuerpo de Cristo. Cristo fue la encarnación de la presencia de Dios en el mundo. El cuerpo de Cristo es la encarnación de la presencia de Dios en el mundo. Y lo celebramos cada vez que venimos a Misa: la presencia del cuerpo de Cristo en su Iglesia. Cuando recibimos la Eucaristía, nos convertimos en ese verdadero cuerpo de Cristo, el cuerpo místico de Cristo unido perfectamente a Cristo la cabeza. Este es lo que significa ser Iglesia.

Esta semana es la Semana Nacional de Concientización sobre las Vocaciones, en que reflexionamos más profundamente sobre la necesidad de promover y orar por las vocaciones en nuestra Iglesia. De manera especial oramos por quienes están discerniendo la llamada a la vida sacerdotal. Sin sacerdotes que administraran los sacramentos, no seríamos capaces de cumplir nuestra misión, nuestra llamada, el don que hemos recibido en nuestro bautismo: ser la Iglesia. Sigamos lo que Cristo nos pidió en el evangelio: “Oren, por tanto, para que el Señor de la mies envíe obreros a su mies”.

## Miércoles, 10 de noviembre, 2021: Memorial de San León Magno

El evangelio de hoy nos presenta la escena memorable de la curación de los diez leprosos. Cuando escuchan la noticia de que va a pasar un gran taumaturgo por su pueblo, planifican un encuentro. En el momento oportuno, salen al encuentro con él y elevan sus voces, clamando: “¡Jesús, Maestro! ¡Ten piedad de nosotros!” A medida que continua la historia, el Señor obra el milagro y los leprosos quedan limpios. En ese momento empieza a surgir una diferencia oculta entre uno de los leprosos y sus compañeros. ¡Solamente uno regresa a dar gracias al Señor!

Merece la pena pasar hoy un rato en oración examinando la diferencia entre el leproso y sus compañeros. Todos ellos se acercaron al Señor como a su maestro. Todos suplicaron la misericordia del Señor, pero éste se acercó de manera distinta. Éste, aunque también pedía una sanación física como todos los demás, tenía un corazón que buscaba algo más profundo.

Queda claro que los otros nueve obtuvieron todo lo que buscaban en su encuentro con Cristo en la curación que recibieron. Una vez curados de su enfermedad, ya no necesitaban nada más de Jesús. Sin embargo, éste se sintió impulsado a regresar a la fuente una vez que había experimentado su poder. Sí, quería ser curado, pero más que eso, quería conocer al sanador. Su gratitud revela su deseo más profundo.

Esta misma dinámica puede surgir a menudo cuando se intenta discernir la voluntad de Dios para nuestras vidas, especialmente cuando se trata de nuestra vocación. Nosotros, como cristianos sabemos que el Señor es quien tiene la “respuesta”. Solamente Cristo puede revelar su plan para con nosotros. Cuando escuchamos qué está “pasando” en momentos de oración, en momentos de adoración o en la dirección espiritual, corremos a él y clamamos: “¡Jesús, Maestro! ¡Ten piedad de mí! Muéstrame mi vocación. Revélame tu voluntad”.

Es una buena pregunta que hacer y ciertamente en este caso se la estamos haciendo a la persona adecuada. Sin embargo, nuestro evangelio hoy nos haría examinar la sinceridad y motivación de nuestra petición. ¿Qué es lo que estamos buscando de verdad? ¿Es meramente un sentido de seguridad y autocumplencia? “Si sé que el Señor me está llamando a X, puedo dejar de preocuparme”. “Si encuentro mi vocación por fin podré seguir adelante con mi vida”. Hay un modo de discernir la propia vocación que nunca se aparta del interés egocéntrico que se percibe en los otros nueve leprosos en el evangelio de hoy, y siempre tenemos que estar en guardia contra esta tentación. En el discernimiento, el propio Señor siempre viene primero. Si todo lo que queremos del Señor es una “respuesta”, entonces, una vez que la recibimos, ya no necesitamos nada más de Él.

En todo momento, es a Cristo a quien tenemos que buscar. Es Él por quien suspiramos. Evidentemente no hay oposición entre esto y buscar nuestra vocación, como no había oposición entre la sanación del leproso y su gratitud. Por el contrario, los dos van de la mano. Con todo, nuestra vocación siempre debe tratar de buscar la voluntad de Dios antes de buscar la propia nuestra.

La diferencia entre estos enfoques no se debe tomar a la ligera. Fue la disposición interior del leproso lo que marcó la diferencia en su vida. Es interesante que no afectó a la curación que recibió.

Los diez fueron curados. Sin embargo, sólo uno escuchó las palabras más importantes de nuestro Señor en el evangelio de hoy: “Levántate y vete; tu fe te ha salvado”. Diez leprosos recibieron una curación física. Uno recibió la salvación.

Al intentar descubrir la voluntad de Dios para nuestras vidas, en todo momento, pero especialmente en el discernimiento vocacional, debemos examinar nuestra propia sinceridad y motivaciones, teniendo cuidado de recordar esta importante diferencia. Así como los nueve leprosos salieron del encuentro con Jesús con un cuerpo curado y un alma vacía, es posible que cada uno de nosotros descubramos nuestra verdadera vocación y al mismo tiempo perdamos nuestra propia salvación. Una vocación que no se busca y se vive para el Señor, incluso si es la “adecuada” para nosotros, pierde su verdadero sentido.

¿Qué es, pues, lo que de verdad buscamos? Si todo lo que buscamos es una respuesta, podríamos encontrarla, pero, cuanto menos, será inútil para nosotros. Si verdaderamente buscamos a Cristo por encima de todas las cosas, podemos estar seguros de que nos guiará por el camino de su voluntad, un camino que incluye el descubrimiento de nuestra vocación pero que finalmente termina con el logro de nuestra salvación eterna.

Jueves, 11 de noviembre, 2021: memorial de san Martín de Tours, obispo

En nuestro evangelio de hoy, nuestro Señor parece evadir a respuesta a la pregunta de los fariseos sobre la venida del Reino de Dios. No se puede observar. No se anunciará. Pero todo esto parece contrario al sentido prevalente de lo que habría de cumplir el Mesías. Sería el Mesías quien uniría a las tribus dispersas de Israel, purificaría el templo, derrotaría a los enemigos de Israel y reinaría como Señor de todas las naciones. Parecería adecuado suponer que tal victoria sería una realidad visible; a lo largo de la historia de la salvación, Dios utilizaba signos y portentos para comunicar su poder. ¿Por qué, entonces, no se iba a poder observar?, our Lord first appears quite evasive in answering the Pharisees' question about the coming

Como cristianos, nos encontramos buscando esos mismos signos y portentos. “Muéstrame tu rostro, Señor”, rogamos. En el silencio de nuestros corazones, permanecemos totalmente convencidos de que, si Jesús se nos mostrara y nos hablara llanamente, entonces, ciertamente, le seguiríamos. Es más, sabemos por la Escritura que nuestro Señor nos ama y quiere que creamos en Él. Es notable la escena en que vemos a Jesús revelarse a los discípulos después de la resurrección para aumentar su fe. ¿Por qué no se nos iba a mostrar a nosotros?

Estas preguntas van al núcleo de la verdadera identidad de Jesucristo. No está simplemente interesado en una escasa y triste creencia en su existencia. Desea una relación auténtica y amorosa con Él. Esto no es algo solamente centrado en una afirmación rutinaria de su existencia. Ese sentido de relación, que va más allá de una creencia, está claramente ordenado por la Providencia divina, que comprende bien los corazones de los hombres y conoce la mejor manera y método de revelarse a nosotros. De manera similar, aunque cada uno de nosotros conoce la existencia de nuestros padres, el mero hecho de la existencia no comunica el amor. En cambio, el amor se encuentra y se forja en la fragua del encuentro en el que cada persona, padre y niño, crece en su sentido del otro y en el amor compartido entre ellos.

En referencia a la venida del Reino, se nos recuerda la inspiración del gran teólogo Orígenes. En su comentario al Evangelio de Mateo, Orígenes indica con interés que Jesús compara el reino del cielo a “un rey que quiso arreglar cuentas con sus sirvientes”. Señala que Jesús compara el reino a un rey y, a su vez, trata de describir a nuestro Señor como el *çautobasileia*, el “reino en persona”. El reino es Jesucristo; Jesucristo es el reino de Dios. En Él experimentamos el reordenamiento de nuestra naturaleza caída, una naturaleza dividida. Es esta división la que sigue siendo la señal del Pecado Original, es decir, que la humanidad sigue muy separada de la vida divina. Justamente, el reino de Dios ahora denota la venida de Dios a la humanidad, y lo hace perfectamente en la Encarnación de Jesucristo.

Así que, ¿dónde está el reino de Dios? ¿Cuándo llegará? Ha venido en la persona de Jesucristo, permanece en su Cuerpo Místico, la Iglesia, y aun vendrá al final de los tiempos. El reino de Dios sigue siendo lo que abarca la historia de todos los tiempos. Es un reino, como oramos en el Credo, que está “en un solo Señor, Jesucristo, que procede del Padre antes de todos los siglos”.

Nuestra invitación a este profundo misterio precisa una respuesta de cada uno de nosotros. No es algo que podamos observar pasivamente; más bien, el reino de Dios impone sobre cada uno de nosotros una invitación al encuentro, a morar en el corazón del reino, su propio Sagrado Corazón. No tenemos que buscar la venida de Dios o signos del Reino. Más bien, tenemos que buscarle a Él, por quien suspiran nuestros corazones.

Esta semana, la Iglesia universal celebra la Semana Nacional de Concientización Vocacional. Se nos invita, especialmente a nuestros jóvenes, a empezar a cultivar una profunda relación con Jesucristo. Para los varones, la llamada de Cristo a entrar en relación con Él podría darse a través de una vocación al sacerdocio o la vida consagrada. Para las mujeres, Jesús podría estar invitándolas a considerar una de las muchas formas de vida consagrada, incluyendo la vida religiosa apostólica, la virginidad consagrada, o la vida en un instituto secular. La llamada de Jesús a cada uno de nosotros es totalmente única. Ojalá que permitamos que Su voz penetre en nuestros corazones y que Él nos conceda la gracia de responder con amor.

## Viernes, 12 de noviembre, 2021: Memorial de San Josafat

Por todo el mundo, todos los días, innumerables personas salen a la naturaleza para admirar su belleza y grandeza. Tanto si es ver el cambio de colores de las hojas durante el otoño, o el florecer de los árboles en la primavera, o la majestad impresionante de las montañas coronadas de nieve en el invierno, o la serenidad de un lago a la caída del sol en los largos días del verano, todo eso nos puede dejar un sentimiento profundo de admiración. Y esto no se limita a la belleza que vemos en la propia tierra, ya que el cielo muestra su propia magnificencia también. Estoy seguro de que todos nosotros podemos recordar un momento en nuestra vida en que miramos al cielo y contamos estrellas, o vimos las nubes deslizarse por el cielo azul. Es maravilloso y está alrededor de todos nosotros.

La primera lectura de hoy del libro de la Sabiduría recuerda algunos de estos temas de la naturaleza. El pasaje menciona elementos tan potentes como “fuego, viento, brisa, el circuito de las estrellas, o el agua imponente, o las luminarias del cielo”. Ciertamente hay mucho que contemplar. Sin embargo, el autor no nos deja ahí, sino que apunta a la conclusión lógica que se deriva de todo esto: que Dios es el artista. Dios es quien hizo toda la creación. Fue Él solo quien modeló este mundo para que nosotros vivamos en él y lo disfrutemos. El problema es que nos podemos perder esta importante realidad. La belleza y admiración que se experimenta en la naturaleza nos debería indicar que la belleza y la admiración están en el propio Dios. El autor deja esto claro: “Ahora, si por placer acerca de su naturaleza, los consideramos dioses, sepamos cuánto más excelente que todo esto es el Señor”. Nunca podremos comprender del todo la gloria de Dios, pero ver su reflejo en la naturaleza nos puede orientar ciertamente en la dirección adecuada.

A pesar de todo esto, sin embargo, lo que es aún mucho más bello, mucho más digno de admiración que todo ello junto, es la creación que Dios puede realizar en cada uno de nosotros. Sabemos que fuimos creados por Dios para estar en relación con Él. No existimos y vivimos en esta tierra porque nosotros lo hayamos decidido, sino solamente por su propia bondad. Para todos nosotros, nuestra primera vocación en la vida es permitirle a Jesús que nos cree de nuevo para ser más como Él, o, dicho de otro modo, para hacernos santos. Nos toca a nosotros permitirle hacerlo en nosotros o no, pero ¡qué belleza resulta cuando esto ocurre! Estoy seguro de que muchos de nosotros podemos identificar a personas en nuestras vidas que conocen bien a Jesús y se esfuerzan por vivir una vida santa. Solamente el verlos puede mover nuestros propios corazones a la alegría y sentir como si un imán nos atrajera a esas personas. Es de esperar que experimentemos ese deseo de tener lo que ellos tienen, que es, en definitiva, la cercanía a Jesús. Esto debería ser el deseo de todos nosotros y lo que deberíamos esforzarnos por perseguir todos los días de nuestra vida.

Sin embargo, sabemos que esto no es fácil. Una cosa es hablar sobre la vocación a la santidad, y otra muy distinta vivirla. Cada vocación particular trae consigo sus propios desafíos y luchas. Para la persona casada, puede haber una tentación de perder la paciencia con su cónyuge o hijos. Para el sacerdote, puede existir la tentación de sustituir la oración por el trabajo constante. Para el religioso, podría haber una tentación de no querer perdonar al hermano o hermana de la comunidad que les ha herido de alguna manera. Para la persona soltera, podría existir la tentación de tener envidia de otros que tienen algo que ella no tiene. Gracias a Dios, sin

embargo, Él está siempre dándonos su gracia para evitar sucumbir a tales tentaciones. Es cierto, no elimina las tentaciones de nuestras vidas, pero nos da los medios para superarlas. Y cuando lo hace, y cuando cooperamos con la gracia, es cuando aparece la verdadera santidad. Esta es la mayor obra de la creación porque cuando la persona coopera con Dios para ser más como él, esto es ser santo. ¡Esta es una belleza con la que ni siquiera los cielos se pueden comparar!

Por tanto, no hay límite a lo que Dios pueda lograr en nuestra vida. Un bonito ejemplo de esto es el del santo que celebramos hoy. Quizá no sea un santo muy conocido, pero san Josafat fue un ejemplo notable de lo que puede ocurrir cuando nos dejamos ser recreados por Dios. Movidado por la caridad fraternal, él deseó profundamente que sus hermanos rutenos, en lo que es hoy Ucrania, que se aferraban a la fe ortodoxa, entraran en comunión con la Iglesia católica. Deseaba la reconciliación y dedicó su ministerio como obispo a procurarla. Por esto, quienes estaban contra él, al fin se levantaron, y eso condujo a un martirio brutal. Sin embargo, como frecuentemente ocurre como resultado de la entrega por la Iglesia, estos cismáticos más tarde pidieron la unión con Roma. Por eso, a Josafat se le considera normalmente como el santo patrón de la unidad. No todos nosotros podríamos estar llamados a seguir este sendero concreto de santidad, pero, de todas maneras, podemos sentirnos inspirados a imitarlo en nuestra vida diaria.

Al final, el Señor tiene un plan para cada una de nuestras vidas. Tal plan, sin importar quiénes seamos, implica que nos hagamos santos. Esto es posible si cooperamos con su gracia para poder ser recreados a su imagen y semejanza. Pedimos que esto ocurra en cada una de nuestras vidas. Pedimos que, así como Dios creó los cielos y la tierra para reflejar su esplendor, nuestras propias vidas hagan lo mismo y más.

Sábado, 17 de noviembre, 2021: Semana XXXII del Tiempo Ordinario

*El Señor dijo, “Escucha lo que dice el juez injusto.  
¿No asegurará Dios los derechos de sus elegidos,  
que le llaman día y noche?  
¿Será lento en responder?*

Conocemos la intención original de esta parábola, de volverse a Dios persistentemente, acudiendo a él en nuestras necesidades y en nuestras luchas. La viuda recibe lo que quiere porque es persistente, incluso ante un juez injusto y malvado que, “ni teme a Dios ni respeta a ningún ser humano”. Si eso es verdad de alguien que se opone al solicitante, ¿cuánto no será por nosotros? ¿Cómo responderá Dios a nuestros gritos, por amor a nosotros?

Cuando estamos tratando de recibir una respuesta de Dios sobre un área particular de discernimiento a veces pensamos que tenemos que decir alguna palabra mágica o descifrar el rompecabezas que nos ha puesto delante. Nos lo imaginamos más del lado del juez injusto, quizá no necesariamente injusto, pero sí distante. Él me necesita para descifrar esto, o está reservándose la respuesta. La realidad, por supuesto, es muy distinta. ¡Él está interesado en nosotros porque es nuestro Padre! La vida no es un rompecabezas que nos ha puesto delante y que en un par de años comprobará si lo hemos resuelto. La vida no es un examen que ha compuesto para separar a los débiles e insuficientes espiritualmente. Él es íntimamente una parte de toda decisión de nuestra vida y de todo aspecto de nuestro ser. Tiene más deseo de nuestro bien y nuestro florecimiento que nosotros mismos. No está distante y ausente, sino presente, en nuestros corazones y en nuestras mentes.

Somos nosotros quienes estamos distantes y somos injustos, incapaces de verle o escucharle. Estamos tan enredados en nosotros mismos y en el ruido del mundo a nuestro alrededor que nos hemos hecho sordos a su palabra en nuestros corazones. Ahogamos el sonido de su voz y luego nos quejamos de que está ausente. La realidad es que su presencia va más dentro de nuestros corazones de lo que nos podríamos imaginar.

Discernir una vocación es algo que hacemos *con Dios*, y no algo que hagamos fuera de él. El primer paso, pues, es aprender a escuchar su voz, a experimentar la intimidad que tiene con nuestros propios corazones, y confiar en que es verdaderamente un padre amoroso y no un juez caprichoso y sin escrúpulos. A veces eso significa dejar de un lado pensamientos de vocación por un tiempo, para permitir a nuestros corazones que aprendan a escuchar. Esto puede ser un desafío para nosotros, y podemos temer que el tiempo gastado en una oración simple, tratando de escuchar la voz de Dios pudiera ser tiempo perdido. Podemos tener miedo de perder nuestra vocación, tanto si es la persona con la que estamos llamados a casarnos, o la comunidad religiosa a la que estamos llamados a ingresar. Pero, de nuevo, nos tenemos que recordar a nosotros mismos que Dios es un padre amoroso y providente. El poner la confianza en él siempre será generosamente recompensado.

La llamada a una vocación es algo persistente en nuestros corazones, no algo pasajero. De hecho, se podría invertir la parábola en este caso. Nosotros somos los jueces injustos y la suya es la voz de la viuda. Somos nosotros quienes nos ocupamos de las cosas mundanas, nos importa más

nosotros mismos solos en nuestro egoísmo. Somos nosotros quienes ignoramos la voz de la bondad cuando llega a nosotros, quienes rechazamos a Dios una y otra y otra vez, quienes deliberadamente pecamos contra Él. ¿Cómo responde Él? ¿Se da por vencido y se aleja de nosotros y nos permite que nos hundamos en la miseria de nuestra vanidad? No; responde con persistencia, como la viuda. No va a dejar de llamar a la puerta de nuestros corazones hasta que finalmente cedamos y le abramos. No dejará de llamarnos hasta que por fin se oiga su voz y por fin respondamos. No dejará de amarnos, en lo profundo de nuestros corazones, hasta que por último nos demos cuenta de que, incluso en nuestro egoísmo y nuestra ignorancia, somos sus hijos.

Discernir una vocación es algo que requiere persistencia. Una confianza persistente por nuestra parte de que Dios es nuestro Padre y nos conduce al bien, incluso si en el momento no vemos lo que es el bien. Pero lo más importante es una llamada persistente de Dios. Si tienes una llamada en tu corazón que no se ha disipado, incluso cuando tú quieres que lo haga, quizá sea tiempo de escuchar.